

próspero, y otros mil absurdos y atrocidades por el estilo.

—Afortunadamente, yo demostraré lo contrario. Los setenta mil castellanos de oro que traigo, y los cuantiosos regalos que voy á ofrecer al emperador Carlos V, hablarán más alto en favor de Hernan Cortés que cuanto puedan decir los pliegos que se me han confiado.

La alegría brillaba en el rostro del padre Melgarejo.

—¡Oh! Permitidme que os abrace; vos sois el salvador de mi querido amigo.

—Yo creo que lo que procede en vista de las circunstancias, es ponernos cuanto antes en camino para la córte.

Así lo hicieron en efecto, y veinte dias despues se presentaba en palacio Diego de Soto acompañado del entusiasta admirador de Cortés, el duque de Béjar.

Asistamos á la entrevista que celebraron con el rey.

Capítulo LXXII.

Donde el emperador Carlos V. se convence de la certeza de las indicaciones del duque de Béjar.

—Razon tenia yo cuando decia á vuestra majestad,—exclamó don Alvaro con su habitual franqueza,—cuando os aseguraba que Hernan Cortés era leal, y por lo tanto no merecia que se adoptase la determinacion que os habian aconsejado sus enemigos. La persona á quien tengo el honor de presentar á vuestra majestad acaba de llegar de las Indias, y los pliegos que trae le acreditan cerca de vuestra majestad como enviado del ilustre caudillo.

Diego de Soto se adelantó respetuosamente, é hincando la rodilla en tierra, puso en las reales manos del monarca aquellos documentos.

—Veamos qué noticias me participa Hernan Cor-

tés,—dijo el emperador Carlos V.—Levantaos,—dijo al emisario.

A medida que avanzaba en la lectura, daba muestras de asombro el monarca español.

Don Alvaro observaba detenidamente al rey, y no se le ocultaban las emociones que producía en él la lectura de aquellos pliegos.

—Pero aquí hay una cosa que no comprendo,—exclamó de pronto el régio soberano.—«Por mis anteriores despachos,—escribe Cortés,—habrá sabido vuestra majestad las complicaciones que surgieron en estos dominios y las medidas que me fué necesario adoptar para destruirlas.»

¿A qué despachos alude, cuando hace ya algunos meses que ninguna noticia me ha comunicado mi consejo de Indias?

El duque de Béjar se permitió una sonrisa maliciosa.

—Vuestra majestad es muy bondadoso, y por eso no comprende lo que aquí ha ocurrido.

—¿Qué quereis decir con eso?

—Quiero decir que cuesta trabajo á vuestra majestad creer que haya en palacio quien conspire constantemente en contra del inmortal Hernan Cortés. De otro modo, se explicaría perfectamente que si no se han recibido de algun tiempo á esta parte noticias de las Indias, es por que no ha faltado quien, con infames subterfugios, se haya apoderado de pliegos que las contenian.

Tamaño desacato indignó al emperador.

—Yo juro,—dijo,—que si eso es cierto no han de quedar impunes los que han cometido ese atentado.

—¿Que si es cierto! Vuestra majestad puede preguntar á Diego de Soto, y su relato convencerá á vuestra majestad de la exactitud de lo que digo.

El enviado de Hernan Cortés refirió en breves palabras las maquinaciones de los enemigos de su jefe para apoderarse de los pliegos de que era portador, y Carlos V no tuvo ya duda de la certeza de las indicaciones del duque de Béjar.

Los sesenta mil castellanos de oro y los preciosos regalos que Soto entregó al rey en nombre de Hernan Cortés, acabaron de inclinar la balanza en favor del héroe de nuestra historia.

El soldado se retiró acompañado del duque de Béjar, quien al despedirse:

—Grande es mi alegría al ver, como suponía, que no es tan desesperada la situación de los negocios de Indias. Sólo siento recordar en este instante que vuestra majestad haya preferido en diferentes ocasiones á mis leales consejos la opinion apasionada de los aduladores é intrigantes que no descansan para amenazar la gloria del conquistador de Méjico.

—Las apariencias condenaban á vuestro patrocinado,—se limitó á decir el rey.

El duque de Béjar y Diego de Soto se retiraron.

La noticia de los regalos que habia traído el último circuló con rapidez por la ciudad.

Como sucede siempre, se fué exagerando el valor de lo que habia recibido de las Indias.

En la plaza se formaron corrillos, y el tema obligado de todas las conversaciones era ponderar y hacer comentarios sobre aquel suceso.

—Bien decia mi Pedro,—exclamaba una vieja, cuyo hijo habia formado parte de una de las primeras expediciones á las Indias:—aquel es un país muy rico.

—Ya veis,—añadia otra,—como que, segun tengo entendido, pasan de noventa mil castellanos de oro los que ha traído ese soldado al monarca.

—Ya lo creo que pasan, como que son doscientos mil; y eso sin contar los infinitos regalos y joyas de valor.

Los enemigos de Cortés, queriendo desvirtuar la impresion que producía aquella noticia, acercándose al corrillo:

—¿De qué se trata?—dijo uno.

—Estábamos hablando de las cuantiosas riquezas que se han recibido de las Indias.

—Es más el ruido que las nueces. Todo ello ascenderá escasamente á unos diez mil castellanos.

—¿Os chanceais?

—De ningun modo.

—Pues si se asegura que pasan de doscientos mil.

—¿Qué disparate! A poco que se reflexione se comprenden lo absurdo de esa suma.

—¿Por qué razon?

—Porque para trasportarla á palacio hubiera sido necesario emplear tres ó cuatro carretas.

Esta bufonada produjo el efecto que se proponia su autor.

El vulgo es impresionable, y todo el entusiasmo que habia sentido al principio se convirtió, no sólo en indiferencia, sino hasta en incredulidad.

—Ya me parecia á mí,—dijo uno de los circunstantes,—que no podia ser cierto lo que se decia.

—Siempre hay exageracion en esas cosas.

—Callad, callad; allí viene Requejo, y él nos sacará de dudas. Así como así está su amo en las oficinas de palacio, y debe estar enterado de todo.

Todos esperaron con impaciencia la llegada del nuevo personaje.

Este, que adivinaba el papel importante que iba á representar, con aire de suficiencia:

—Si no est oy equivocado,—dijo,—estábais disputando cuando yo he venido. ¿Qué era ello?

—Hablábamos del dinero y regalos que han venido de las Indias.

—Yo decia que pasaba de doscientos mil castellanos de oro la cantidad que ha ingresado en las arcas del Tesoro.

—Pues yo apuesto cualquiera cosa á que no pasan de diez mil.

La impaciencia se aumentaba cada vez más.

Requejo, que gozaba lo que no es decible al ver fijas en él todas las miradas, exclamó:

—Pues yo creo que son fidedignos los datos que

tengo, y la verdad es que no se aproximan absolutamente á ninguna de las dos cantidades que decís.

—Naturalmente; ¿si vos no lo sabeis, quién ha de saberlo?

—El mismo dia que llegaron esos presentes estuvo mi amo conferenciando con un amigo suyo. Yo estaba limpiándole la ropa, y asistí á su conversacion.

—¿Y á cuanto asciende la suma en cuestion?

—Lo que es el valor de las alhajas, no ha podido precisarse con exactitud.

—Bien; pero el dinero...

—Eso ya es otra cosa.

—¿Cuánto suma?

—A ver si lo adivináis.

—¿Ciento ochenta mil castellanos?

—Ménos.

—¿Cien mil?

—Ménos aún.

—¿Cincuenta mil?

—Más.

—¿Sesenta mil?

—Os vais aproximando.

—¿Sesenta mil quinientos.

—Vamos, os lo diré: setenta mil.

Requejo se retiró satisfecho del efecto que habia producido su presencia en aquellos instantes.

Los enemigos de Cortés no se dieron por vendidos.

—Mucho se me hace,—dijo uno.

—Pero, hombre, ¿quereis saber más que Requejo?

—Es que por darse importancia habrá dicho lo que mejor le haya parecido.

—No lo creais; precisamente es uno de los hombres más veraces.

—¿Y eso qué tiene que ver para que haya querido chancearse con nosotros?

—Vaya, está visto que con vos no se puede hablar; siempre quereis que sea la vuestra.

—Dejadle; á la razon se le convence, pero á la voluntad no.

Los corrillos empezaron á disolverse.

Trasladémos ahora á palacio, en donde veremos que los enemigos del ilustre caudillo español no desmayaban á fin de desvirtuar la impresion que su misiva y sus regalos habian producido en el ánimo del rey.

Capítulo LXXIII.

En el que el emperador nombra al licenciado Luis Ponce de Leon para que residencie á Cortés.

Tres altos personajes conversan en voz baja en una de las habitaciones inmediatas á la régia cámara.

En su semblante se nota la agitacion de que se hallan poseidos.

Cualquiera que los viese, el ménos observador, no tendria duda de que tramaban algun complot infame.

Escuchemos su conversacion.

—Fatal ha sido para nuestros planes la llegada de ese emisario.

—Ya me temia yo que un dia ú otro sucederia eso.

—Despues del mucho dinero que nos ha costado hasta el presente interceptar la correspondencia de Cortés, el diablo ha tirado de la manta.

—Yo no sé cómo han estado tan torpes nuestros amigos de Sevilla.

—Hay que desengañarse de una vez para siempre: lo que uno no puede hacer por sí propio...

—Y el rey, que es ambicioso, desistirá tal vez de sustituir en el mando de las Indias á nuestro enemigo.

Hubo un momento de silencio, en el que todos pedian á su imaginacion los medios de atenuar la influencia que ejercerian en Carlos V los últimos sucesos.

—Me parece, —dijo al fin uno, —que en el caso de que el emperador se niegue á reemplazar á Hernan Cortés, debemos á todo trance ir uno de nosotros con cualquier título á las Indias.

—¿Con qué objeto?

—Con el de deshacernos de cualquier modo de nuestro enemigo, —añadió con acento siniestro el que pronunció estas palabras.

Como se vé, los que conspiraban contra el gran Hernan Cortés no eran escrupulosos en la eleccion de los medios, si podian conducirles en la consecucion de sus fines:

—Tal vez no haya que apelear á medios tan violentos. Todavía con maña se puede lograr lo que queremos.

Se ha avisado á Chievres, y de un momento á otro

debe llegar. Ya sabeis lo mucho que aprecia el monarca sus consejos.

—Pues hasta entonces permanezcamos en nuestras tiendas.

Dos dias despues se rennia el amigo y cómplice del obispo Fonseca, el señor de Chievres, con los personajes á cuya conversacion hemos asistido.

El emperador Carlos V se holgó mucho de su venida.

—Os habeis anticipado á mis designios; precisamente iba á mandaros un propio, porque tengo que consultaros. Los negocios de Indias ofrecen un aspecto muy distinto del que nosotros creiamos,—dijo el rey.

Chievres experimentó una viva alegría.

Las palabras del monarca le eran muy favorables para su objeto.

—He sabido que vuestra majestad ha recibido pliegos de las Indias,—dijo,—y me he apresurado á venir para ofreceros como siempre mis servicios. ¿Y son buenas las noticias que traen?

—Son bastante satisfactorias. Además he recibido setenta mil castellanos de oro y ricos presentes, que representan por lo ménos una cantidad igual.

Bien comprendia Chievres que debian pesar mucho en el ánimo del monarca aquellas razones que alegaba Cortés en favor de su causa.

Pero con la mayor sangre fria preguntó:

—¿Por supuesto que vuestra magestad seguirá firme en su resolucion de mandar un nuevo gobernador á las Indias?

—Lejos de mí semejante idea. Las circunstancias han variado por completo, y la opinion pública se ha pronunciado ya á favor de Cortés.

Con el mayor sarcasmo se atrevió á añadir el astuto consejero:

—¿La opinion pública! ¿Qué es la opinion pública? La nada; tan pronto se entusiasma sin razon de ser por cualquier acontecimiento, como se olvida de lo que le produjo su admiracion.

—¿Y qué me aconsejais que debo hacer?

—Veo con pena que otros han imbuido á vuestra majestad ideas erróneas, y no me atrevo á decir mi parecer por temor de que se crea que sólo trato de que prevalezca mi opinion.

—Deseo conocerla, sin embargo.

—Pues bien; ahora más que nunca conviene enviar quien sustituya á Hernan Cortés.

—Mañana indefectiblemente resolveré sobre ese particular.

Chievres se retiró, ocultando en lo íntimo de su alma el despecho que le devoraba.

Como en palacio todo se sabe, la entrevista que habia tenido con el rey el enemigo implacable de Cortés alarmó sobremanera al duque de Béjar.

Conferenció largamente con Carlos V, y oyó de sus labios la formal promesa de que no sería relevado de sus funciones el conquistador de Méjico.

Chievres y sus parciales no cejaban en sus pretensiones.

Don Alvaro y los suyos tampoco se descuidaban.

El emperador, para conciliar pareceres tan opuestos, buscó un término medio.

En vez de enviar un nuevo gobernador, se nombró un juez que residenciase á Cortés.

No hay para qué decir que los de uno y otro bando deseaban que la eleccion recayera en persona de toda su confianza.

En aquella ocasion hay que convenir en que Carlos V obró con completa independendia.

Confirió el importante cargo, objeto de tantas intrigas, á una persona que tanto por su linaje esclarecido como por su vasta instruccion era muy digna para desempeñarle.

El rey tenia noticia de que el licenciado Luis Ponce de Leon, pariente de don Martin de Córdoba, conde de Alcañete y corregidor de Toledo, se hallaba en aquella antigua ciudad, y creyó que era el llamado á desempeñar aquella trascendental mision.

Por todos conceptos se haria respetar en las Indias, y esto era lo principal.

En contraposicion de lo que sucede á los ignorantes, el licenciado Luis Ponce de Leon, que era hombre que habia aprovechado los estudios, quiso llevar consigo para asesorarse con sus consejos al bachiller Márcos de Aguilar, que habia estado algunos años en la isla de Santo Domingo desempeñando las funciones de alcalde mayor, nombramiento que debió al almirante don Diego, el hijo del inmortal Cristóbal Colon.

Con ámplios poderes que le confirió el rey partió

pues, Ponce de Leon, acompañado de Aguilar y de otros veinte españoles, que solicitaron y obtuvieron autorizacion para ir á las Indias en clase de soldados.

El temporal fué benigno, y algun tiempo despues llegaron los expedicionarios á la Villarica.

Al desembarcar supieron que dos dias antes habia partido Cortés de Méjico.